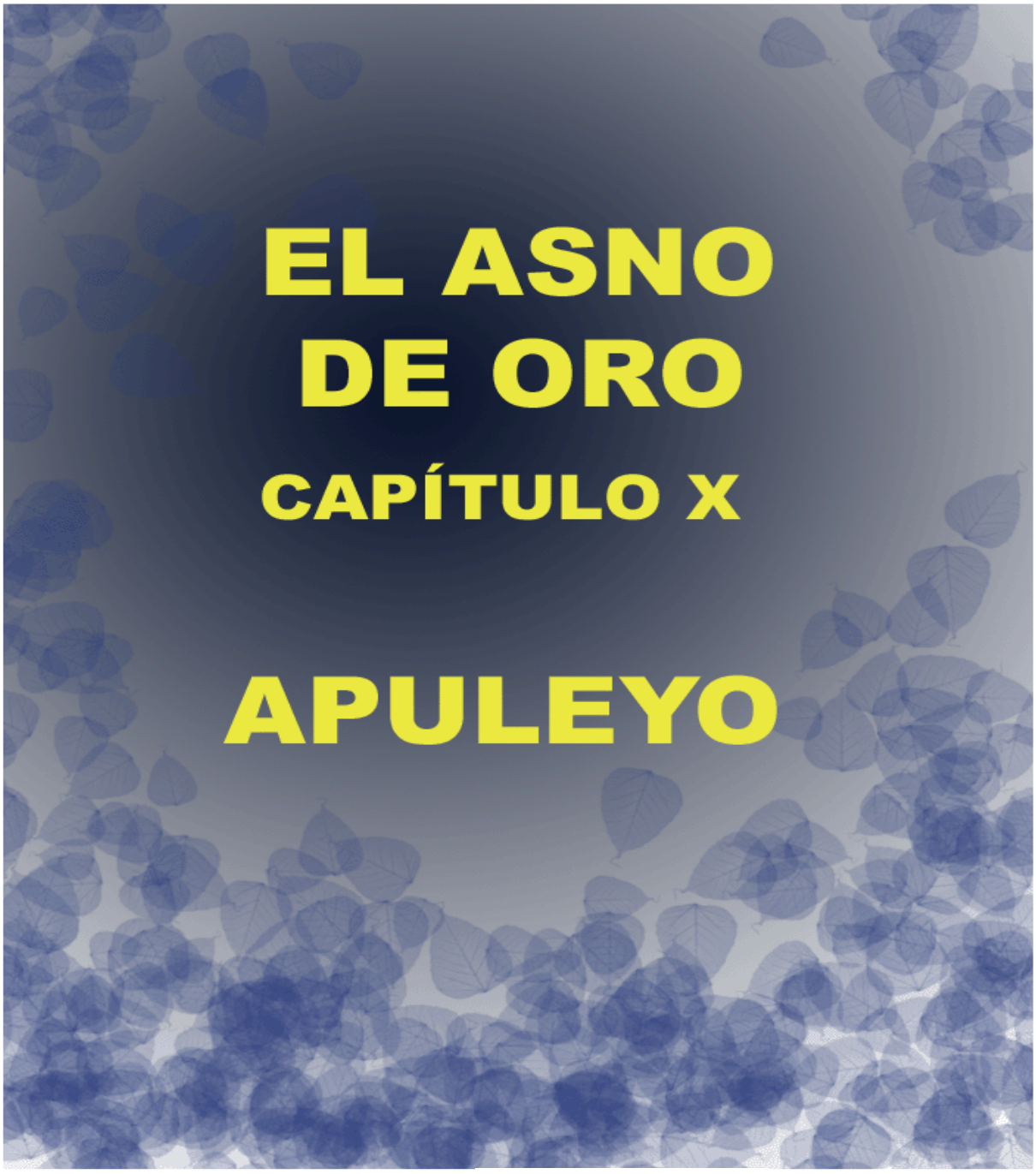
LIBROdot.com

EL ASNO DE ORO
CAPÍTULO X
APULEYO



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

El asno de oro[1]

Capítulo XI de la novela

La metamorfosis o El asno de oro.

Apuleyo

I. Lucio cuenta que, llegado a Senecras, vio la Luna después del primer sueño, y le pidió que le volviese a su prístina forma de hombre.

Habiéndome despertado, por un súbito terror, casi a la primera vigilia de la noche, veo que toda la tierra se encuentra completamente llena de la completa claridad de una Luna en completo plenilunio, cuyo disco emergía entonces de las aguas del mar.

Al hallar el silencioso misterio de la oscura noche, seguro también de que aquella excelsa diosa ejercía su majestad soberana, y de que todas las cosas humanas se regían por su providencia, y que no tan sólo los animales domésticos y los salvajes, sino también los objetos inanimados, subsistían por la influencia divina de su luz y de su poder; que sobre la tierra, en lo alto de los cielos y en las profundidades del mar, los mismos cuerpos ahora aumentan, ahora disminuyen, siguiendo el proceso de su incremento o de su descenso; saturado ya sin duda mi destino por mis innúmeras y tan grandes calamidades, y proporcionándome, aunque tardíamente, una esperanza de salvación, decidí dirigir mis súplicas a la augusta imagen de la diosa que estaba presente.

Y sacudiéndome rápidamente el aturdimiento del sueño, me levanto alegre y contento; en seguida, por el deseo de purificarme, me entrego al baño de mar. Sumergiendo mi cabeza por siete veces consecutivas, porque aquel divino Pitágoras manifestó que este número era principalmente apropiadísimo para los ritos, con ánimo alegre y gozoso, bañado en lágrimas mi rostro, yo ruego así a la poderosa diosa:

Reina del Cielo, ya seas tú Ceres, la madre e inventora de las mieses, que, llena de alegría por haber encontrado a tu hija, desterrando la salvaje comida de la bellota, enseñando al hombre una comida suave y apetitosa, ahora habitas los campos de Eleusis; ya seas la celestial Venus, que en los albores del mundo, al engendrar al Amor, uniste a los dos sexos y, propagada la especie humana con una perpetua descendencia, ahora eres venerada en el santuario de Pafos, al que el mar rodea; ya seas la hermana de Febo, que, protegiendo a las mujeres encinta y a sus frutos, has formado tantos pueblos y ahora eres reverenciada en los magníficos templos de Efeso; ya seas Prosperina, terrible por tus alaridos nocturnos, con tu triple forma reprimiendo a las sombras impacientes y a las que encierra las entrañas de la tierra, al recorrer tantos bosques, eres honrada con diversos cultos;

[1] En la novela titulada La metamorfosis o El asno de oro se describen las andanzas del joven Lucio, quien cegado por sus pasiones recurre a la magia para lograr el cumplimiento de sus deseos. Pero algo sale mal y termina convertido en un asno. Siguen luego sus peripecias como asno, pasando de mano en mano, hasta este último capítulo XI en que, apiadándose de él, la diosa Isis le devuelve la figura humana y lo inicia en sus misterios

tú, que, iluminando todas las murallas con ese resplandor femenino y que nutres las preciadas simientes con la potencia de la humedad y que dispensas una cálida luz al ausentarse el sol en sus giros; cualquiera que sea tu nombre, tu rito o figura, es justo invocarte; asísteme tú en mis extremas penalidades desde ahora en adelante, vuelve ya benévola e invariable a mi suerte, concede una tregua y una paz a mis terribles penalidades por las que he pasado.

Basta ya de fatigas y peligros. Aparta de mí esta terrible envoltura de cuadrúpedo. Devuélveme a la presencia de los míos; devuélveme a mi forma de Lucio. Y si, a causa de que la tengo ofendida, me persigue una divinidad con su inexorable crueldad, que se me permita morir si no se me permite vivir.

Elevadas mis súplicas de este modo y añadidos a ellas mis tristes lamentos, de nuevo en aquel mismo lugar, invadiéndome, un sopor se apoderó de mi alma abatida.

No había acabado de cerrar los ojos, cuando he aquí que de entre las olas se alzó una divina faz, capaz de infundir respeto a los mismos dioses. Y poco a poco la imagen fue adquiriendo el cuerpo entero y me pareció que, emergiendo del mar, se colocó a mi lado. Intentaré describirles su maravillosa hermosura, si la pobreza del lenguaje humano me concede la suficiente facultad de expresión o si la misma divinidad me proporciona la rica abundancia de su elocuente facundia.

Primero, tenía una abundante y larga cabellera, ligeramente ensortijada y extendida confusamente sobre el divino cuello, que flotaba con abandono. Una corona de variadas flores adornaba la altura de la cabeza, delante de la cual, sobre la frente, una plaquita circular en forma de espejo despedía una luz blanca, queriendo indicar la Luna. A derecha e izquierda este adorno estaba sostenido por dos flexibles víboras, de erguidas cabezas, y por dos espigas de trigo, que se mecían por encima de la frente.

El divino cuerpo estaba cubierto de un vestido multicolor, de fino lino, ora brillante con la blancura del lirio, ora con el oro del azafrán, ora con el rojo de la rosa.

Pero lo que más atrajo mis miradas fue un manto muy negro, resplandeciente de negro brillo, ceñido al cuerpo, que bajaba del hombro derecho por debajo del costado izquierdo, retornando al hombro izquierdo a manera de escudo. Uno de los extremos pendía con muchos pliegues artísticamente dispuestos y estaba rematado por una serie de nudos en flecos que se movían del modo más gracioso.

Por la bordada extremidad, y en el fondo del mismo, brillaban estrellas y, en el centro, la luna en plenilunio resplandecía con fúlgidos rayos. No obstante esto, en toda la extensión de tan extraordinaria capa aparecía sin interrupción una guirnalda de toda clase de flores y frutos.

La diosa llevaba, además, muchos atributos bien distintos unos de otros: en su mano derecha un sistro de bronce, cuya fina lámina, curvada a modo de tahalí, estaba atravesada en el centro por tres varillitas que al agitarse por el movimiento del brazo, emitían un agudo tintineo. De su mano

izquierda pendía una naveta de oro, cuyas asas, en su parte más saliente, dejaban salir un áspid, con la alzada cabeza de cuello hinchada con demasía.

Cubrían sus divinos pies unas sandalias tejidas de hojas de palmera, árbol de la victoria.

Presentándose de tal guisa y exhalando los deliciosos perfumes de Arabia, se dignó hablarme de este modo con su voz divina:

He aquí, Lucio, que me presento a ti, movida por tus súplicas, yo, la madre de la Naturaleza, señora de todos los elementos, origen y principio de los siglos, divinidad suprema, reina de los manes, primera de entre los habitantes del cielo, representación genuina de dioses y diosas. Con mi voluntad gobierno la luminosa bóveda del cielo, los saludables soplos del Océano, los desolados silencios del Infierno. Y todo el orbe reverencia mi exclusivo poder, bajo formas diversas, honrándolo con cultos de distintas advocaciones.

Los frigios, primeros seres de la tierra, me llamaban la diosa de Pesinunte, madre de todos los dioses. Aquí, los áticos autóctonos, la Minerva de Cecrops. Allá, los habitantes de Chipre batida por las olas, la Venus de Pafos. Entre los cretenses, hábiles en disparar flechas, soy Diana Díctina. Para los sicilianos, que hablan tres idiomas, yo soy la diosa Prosperina Estigia. Los habitantes de Eleusis me llaman la antigua diosa Ceres. Unos, Juno, otros, Belona. Éstos, Hécate; aquéllos, Ramnusia. Y los etíopes, los primeros en ver la luz del Sol naciente, los de ambas, y los egipcios, que sobresalen por su antiguo saber, venerándome en su culto particular, me llaman reina Isis.

Presencio tus desgracias y acudo favorable y propicia. Deja ya de llorar y de lamentarte, expulsa ya toda tristeza. Ya brilla para ti el día de salvación, gracias a mi providencia. Por consiguiente, escucha con mucha atención y cuidado las órdenes que te voy a dar:

Una devoción inmemorial me ha dedicado el día que sigue a esta noche, cuando mis sacerdotes, calmadas ya las borrascas del invierno y apaciguadas las impetuosas olas del mar, siendo ya navegable, me consagran una nave nueva, como para poner el comercio bajo mi protección.

No deberás esperar esta ceremonia con inquietud ni con pensamientos profanos; porque, a una indicación mía, el sacerdote, con sus vestiduras solemnes y adornos, llevará una corona de rosas, sujeta al sistro que tendrá en su mano derecha. Así, pues, sin vacilación, separándote de la curiosa multitud, ve a unirte a mi cortejo con mucho celo, confiando en mí tu voluntad.

Tú te acercarás con mansedumbre al sacerdote. Luego, como queriendo besarle la mano, apodérate de las rosas, despójate en seguida de la piel de este detestable animal que desde muchísimo tiempo me es odioso. No tengas miedo de nada como cosa difícil de realizarse. Pues en ese mismo instante yo acudo a ti, y te me hago visible, y yo ordeno a mi sacerdote, mientras reposa, lo que debe hacerse después. Por orden mía, la apiñada multitud del acompañamiento te hará paso. Y en medio de esta jubilosa ceremonia y espectáculos festivos, ninguno te mostrará aversión por esa deformidad

que llevas, así como tampoco nadie pensará en acusarte malignamente por tu repentina metamorfosis.

Mas, por encima de todo nada olvides, y que se grabe en lo más hondo de tu corazón este pensamiento: recuerda que lo que te resta de vida hasta el último suspiro lo tienes que consagrar a mí. Y es justo que, cuando por el favor de una diosa hayas vuelto entre los hombres, le debas todo el resto de tu vida.

Vivirás feliz, vivirás lleno de gloria bajo mi protección; y cuando, habiendo cumplido el tiempo de tu destino, hayas descendido a los Infiernos, allí también, en ese hemisferio subterráneo, me encontrarás brillando en medio de las tinieblas del Aquerón, reinando sobre las mansiones de la Estigia, y tú, cuando habites los Campos Elíseos, me reverenciarás asiduamente como protectora tuya.

Pero si, con culto piadoso y esmerado acatamiento y perseverante castidad, te haces digno de mi favor poderoso, sabrás que a mí tan sólo compete el prolongar tus días de vida más allá de lo que está destinado.

Terminado que hubo así el venerable oráculo, la invencible deidad se replegó sobre sí misma.

II. Describe una solemne procesión de la diosa Isis, durante la cual, tomando las rosas de manos del sacerdote, el asno se volvió hombre.

Cuando me desperté, al instante y sin detenerme, me levanté lleno de temor y alegría, empapado en sudor y profundamente admirado de la tan clara aparición de la poderosa diosa, y, bañándome en el mar y atento mi pensamiento en las grandes órdenes, iba recordando todas sus advertencias de una manera ordenada.

Sin tardar, disipadas ya las tinieblas de la noche, se alzó el dorado Sol, y he aquí que, con un apresuramiento religioso y verdaderamente triunfal, los grupos de personas llenan las plazas públicas.

Me parecía que todo se estaba impregnado de tan grande alegría, aparte de la mía, que sentía como que respiraban satisfacción y felicidad los animales, las casas e incluso el aspecto del día. Pues al intenso frío de la noche había sucedido de repente una temperatura agradable y dulce, un día soleado; de modo que todas la avecillas canoras, seducidas por el ambiente primaveral, entonaban sus trinos delicados, homenajeando así a la madre de los astros y de los siglos, señora del universo entero.

¿Qué más? Los mismos árboles, tanto los de abundante fruto, como los estériles que sólo dan sombra, con su primer follaje embellecidos, daban un agradable murmullo de ramas agitadas como brazos. Callado el fragor de las tormentas, apaciguado el torbellino de las encrespadas olas, el mar

había venido a arrimarse plácidamente a las orillas. El cielo, limpio de toda nube, calentaba con el brillo de su propia luz.

He aquí que avanzan poco a poco los primeros del cortejo, llevando vistosos motivos de sus promesas y deseos. Uno, ceñido con tahalí, representaba a un soldado; otro de corta clámide, machete y flechas, a un cazador; aquel, con borceguíes dorados, con vestido de seda y aderezos preciosos y cabellera postiza, con pasos cortos remedaba una mujer. Otro, con sus grebas, escudo, casco y una espada, parecía como salido de una lucha de gladiadores. Hubo quien representaba a un magistrado con las faces y el vestido de púrpura; no faltaba quien representaba a un filósofo con su capa, báculo, sandalias y barba de macho cabrío; ni quienes, según las diversas cañas que llevaba, o con liga, o con anzuelo, representaba a cazadores de pájaros o a pescadores.

También vi a una osa, ya domada, que vestía como una matrona, llevada en una litera; y a una mona que, con un casquete bordado y unas telas erigías de color azafrán, representaba al joven pastor Ganímedes, el de la capa de oro; y así mismo iba un asno con unas alas pegadas, junto a un viejo achacoso, de modo que, tomándoles por Belerofonte y Pegaso, ambos provocaban a risa.

Tras estas alegres mascaradas que circulaban por las calles repletas de público, ya se ponía en movimiento la pompa especial de la diosa protectora. Mujeres vestidas de blanco, coronadas de guirnaldas primaverales, con aire alegre, portadoras de diversos atributos, iban con flores que sacaban del regazo alfombrando el camino por donde pasaba la sagrada comitiva; otra, con brillantes espejos puestos al revés sobre sus espaldas, mostraban a la diosa el respeto de la multitud que seguía: algunas, llevando unos peines de marfil, con el movimiento de sus brazos y flexión de sus dedos, hacían ademanes de peinar y arreglar los cabellos de su reina, y, por fin, otras, derramando gota a gota un precioso bálsamo y diversos perfumes, rociaban las plazas y las calles.

Había además un crecido número de personas de ambos sexos que portaban lámparas, cirios y otras luces, para propiciar por estos emblemas luminosos a la diosa de los astros que brillan en el firmamento. A continuación, deliciosas sinfonías, zampoñas y flautas dejaban oír sus dulcísimos acordes.

Después venía un agradable coro de una juventud distinguida, vestidos con ropas de elevado precio, blancas como nieve, que repetían un gracioso cántico compuesto por un hábil poeta bajo inspiración de las musas, y mientras se preludiaban los mejores votos.

Iban también entre ellos los flautistas consagrados al gran Sarapis, quienes, con la flauta ladeada hacia su oreja derecha, entonaban una y otra vez el cántico que acostumbran a tocar en el templo de este dios; y la mayoría iba advirtiendo que dejaran expedito el paso a los misterios o imágenes sagradas.

Entonces afluían los grupos de personas iniciadas en los divinos misterios, hombres y mujeres de toda condición y edad, vestidos con tela de lino de una blancura deslumbrante. Las mujeres llevaban un velo transparente sobre sus cabellos perfumados en abundancia, los hombres iban con la cabeza completamente rasurada, astros terrenales del gran culto por el brillo de sus cabezas, que con sus sistros de bronce, de plata e incluso de oro dejaban oír un rintintín armonioso.

En cuanto a los sacerdotes de las ceremonias religiosas, esos ilustres personajes, ceñido el pecho con una vestidura blanca de lino, ajustada también a todo el cuerpo y larga hasta los pies, llevaban los augustos símbolos de las poderosas divinidades.

El primero portaba una lámpara de la más viva claridad, que en nada se parecía a las que iluminan nuestras cenas, sino que consistía en una naveta de oro, que de su centro arrojaba una llama grande e intensa.

El segundo, vestido de modo similar, llevaba en la mano dos altares llamados socorros, a los que dio nombre propio la providencia protectora de la gran diosa.

Iba un tercero llevando una palma de oro con hojas artísticamente labradas y también el caduceo de Mercurio.

El cuarto iba mostrando el símbolo de la justicia, figurado por un brazo izquierdo con la mano abierta, habiéndose escogido la izquierda, porque, con su genuina pereza, su poca habilidad y mínima destreza, parecía más propia de la justicia que la derecha; llevaba también un pequeño vaso de oro, redondo, en forma de teta, con el cual hacía libaciones de leche.

Un quinto llevaba un harnero de oro con hojas y ramitas de laurel, y otro llevaba un ánfora.

En seguida, tras ellos, avanzan los dioses que permiten ser llevados por pies humanos.

El primero, una imagen monstruosa, era el intermediario divino que va del cielo a los infiernos, y cuya imagen es a veces sombría, a veces dorada, y lleva en alto su enorme cabeza de perro, Anubis; en su izquierda, un caduceo, y en la derecha, una palma verde que agita.

Tras sus huellas seguía una vaca levantada sobre sus patas traseras, emblema de la fertilidad, representando a la fecunda diosa. Esta vaca iba apoyada sobre la espalda de uno de los sagrados sacerdotes, el cual avanzaba lleno de majestad. Otro llevaba un cesto en donde se hallaban los misterios y que ocultaba a las miradas profanas los secretos de la sublime tradición. Otro conducía en su feliz seno la venerable efigie de la más alta divinidad, la cual ni se parecía a ningún animal doméstico de cuatro patas, ni a un pájaro, ni a ningún animal salvaje, ni siquiera a un ser humano; pero ese símbolo era señal de un profundo culto y por su novedad le infundía más veneración; estaba hecho de oro brillante depositado en una urnita, muy artísticamente vaciada, toda redonda su base y por fuera enriquecida con maravillosos jeroglíficos de los egipcios. Su orificio, no muy elevado, se extendía en forma de pico largo por un lado y por otro llevaba un asa en prolongada curva, sobre la

cual había un ensortijado nudo formado por un áspid que alzaba su escamosa cabeza con la hinchazón de su cuello estriado.

Y he aquí que se acercaba el momento de los favores que me había prometido, así como el destino, aquella divinidad bienhechora. Se acerca el sacerdote que lleva mi salvación, adornado con lo ordenado en la divina promesa, llevando en su mano derecha el sistro de la diosa con la corona destinada para mí, corona, ¡por Hércules!, merecida. Porque después de soportar tan grandes fatigas, de haber pasado tantos peligros, por providencia de la más grande de las diosas iba a salir triunfante de mi lucha con la despiadada fortuna. Y, sin embargo, emocionado por el repentino gozo, no me lancé con impetuosa carrera, temiendo, ciertamente, que con la repentina irrupción de cuadrúpedo se turbara el apacible orden de la ceremonia, sino que, avanzando con paso sosegado y completamente humano, ladeando poco a poco mi cuerpo por entre la multitud, y apartándose ésta, sin duda por inspiración divina, yo me acerco insensiblemente. Y el sacerdote, como pude darme cuenta, prevenido por el oráculo de la noche anterior y admirándose de la exactitud del favor que se le había ordenado, se detuvo al instante. Fue el primero que extendió la mano y acercó a mi boca la corona que llevaba. Entonces, lleno de una emoción que hacía palpitar mi corazón con fuerza extraordinaria, cogiendo ávidamente con la boca su corona, que brillaba con aquellas rosas frescas, la devoré con ansia irrefrenable.

Y no me engañó la promesa divina. Al instante se me quita aquella deforme envoltura de bestia. Primero cae el pelo horrible y en seguida la gruesa piel. Disminuye la obesidad del vientre, y en la planta de los pies, por entre los cascos, aparecen los dedos. Mis manos ya no son pies, sino que se alargan para las funciones de una persona en actitud erguida; el cuello pierde se excesiva largura; el rostro y la cabeza toman su forma redonda; las enormes orejas vuelven a su primitiva pequeñez; los dientes como piedras adquieren la medida humana, y ya desapareció la cola, que antes era lo que más me atormentaba y humillaba.

El pueblo no salía de su asombro. Los de alma religiosa reverenciaban tan evidente poder de la más grande divinidad, y aquel prodigio como se ve en los sueños, y esa metamorfosis, operada con tanta facilidad, y con clara y unísona voz, levantaban las manos al cielo, dando testimonio del distinguido favor de la diosa.

Yo, mientras tanto, sobrecogido de gran temor, permanecía en silencio, no pudiendo mi alma abarcar aquel repentino y extraordinario gozo. No sabía por dónde empezar a hablar, en qué términos debía comenzar a recuperar esa facultad del habla que había renacido en mí, con qué palabras daría principio, con qué y con cuántas palabras debía agradecer mi transformación a tan grande diosa.

Sea como fuere, el sacerdote, como había conocido por aviso divino todas mis calamidades desde el principio, aunque también él se hallaba emocionado por el milagro, mandó, con un ademán expresivo, que en primer lugar se me diera un lienzo de lino para cubrirme. Pues tan pronto como el

asno me había despojado de su nefasto envoltorio, yo, apretando mis muslos y poniendo mis manos delante de mis partes pudorosamente, hacía lo posible para cubrir mi desnudez con un velo natural. Entonces uno de los piadosos que iban en el cortejo, quitándose rápidamente la túnica, me la puso apresuradamente sobre lo hombros.

Hecho esto, el sacerdote, mirándome con el rostro lleno de humanidad y admiración, me habló de este modo:

Por fin, Lucio, has llegado a un puerto de Tranquilidad y ante el altar de la Misericordia, después de haber pasado por muchas pruebas, tras las grandes tempestades y asaltos de la Fortuna.

Ni tu nacimiento, ni tu posición social, ni la instrucción recibida te aprovecharon para nada, sino que, arrastrado por la fogosidad de tu juventud a unos placeres serviles, recibiste el desdichado premio de tu malsana curiosidad.

Mas al fin la ciega Fortuna, que te ha perseguido con los más terribles peligros, te ha conducido, sin preverlo, con sus mismos rigores, hasta esta piadosa felicidad. Que vaya ahora y se cebe con su terrible furia contra otra víctima que busque para su crueldad; porque no ha lugar para sus furiosos embates contra aquellos cuyas vidas han quedado bajo la protección de la poderosa diosa por haber entrado a su servicio.

¿De qué le han valido a la abominable Fortuna los ladrones, las fieras, la esclavitud, esos caminos ásperos, tortuosos e impracticables, y el mismo miedo a la muerte? Has entrado bajo la tutela de la Fortuna, que ya no es ciega, sino que ve, que también ilumina a los demás dioses con el resplandor de su luz.

Toma ya un aire de gozo y que esté de acuerdo con la blancura de la vestidura que llevas; acompaña con paso resuelto de triunfo al cortejo de la diosa que te ha salvado. Que los impíos vean; vean y reconozcan su error.

He aquí a Lucio, que, libre de sus antiguas desdichas, gozando de la protección de la gran Isis, triunfa de su propia fortuna. No obstante, para que tengas más seguridad y te veas más protegido, entrega tu nombre a nuestra milicia piadosa, como anoche te pedía la diosa. Ofrécete ya al culto de nuestra tradición y abraza voluntariamente su yugo. Pues cuando hayas empezado a servir a la diosa, entonces apreciarás más el fruto de tu libertad.

Habiéndome hablado así en nombre de la diosa, el egregio sacerdote, anhelante y fatigado, se calló. En seguida, mezclándome con la piadosa multitud, yo iba siguiendo al cortejo sagrado. Reconocido por todos los ciudadanos, era señalado con los dedos y con gestos. Todos hablaban de mí, diciendo:

La augusta y poderosa diosa le ha vuelto hoy a la forma humana. Feliz, ¡por Hércules!, y mil veces dichoso mortal, que por la inocencia y probidad de su vida anterior ha merecido del cielo una

protección tan señalada; para que, nacido de nuevo en cierto modo, se entregue al culto de su divinidad.

Avanzando poco a poco entre estos comentarios y en medio del tumulto de las festivas devociones, ya nos aproximamos a la orilla del mar y llegamos a aquel mismo lugar en que el día antes mi asno había estado.

Una vez colocadas allí las imágenes de los dioses según el orden del ritual, su sumo sacerdote, acercándose a una nave construida muy artísticamente, con profusión de magníficas pinturas alrededor, purificándola lo más reverentemente posible con una antorcha encendida, un huevo y azufre, y pronunciando sus castos labios solemnes preces, le dio el nombre de la diosa, y la consagró a ella. La blanca vela de esta embarcación feliz ostentaba una inscripción en oro, que expresaba el deseo de una próspera navegación en su primer viaje.

Se iza el mástil, que era un pino entero redondeado a la perfección, no menos brillante que alto y cuya cofa era extremadamente hermosa; resplandecía en su popa un ganso de oro con su cuello ondulado, y toda la carena, de madera de limonero pulimentada con gran belleza y esmero, despedía gran resplandor.

Entonces todos los ciudadanos, tanto los iniciados como los profanos, llevan a porfía harneros cargados de aromas y otras ofrendas piadosas y hacen libaciones arrojando sobre las olas unas gachas hechas con leche, hasta que la nave, llena de innumerables presentes y favorables objetos de devoción, sueltos los cables que la retenían al áncora, se adentra en el mar, a favor de un viento suave y propicio.

Luego que de ella no queda más que un punto en lontananza, los portadores de los objetos sagrados, recogiendo de nuevo lo que cada uno había traído, reemprenden con júbilo y con el mismo ceremonial el camino del templo.

Llegado al templo el sumo sacerdote, los que delante de él llevan las imágenes sagradas y los que anteriormente ya habían sido iniciados en los venerados misterios, reunidos en el santuario de la diosa, disponen convenientemente las imágenes, que parecían respirar. Entonces uno de ellos, al que todos llamaban «el Escriba», que estaba de pie ante la puerta, llamados como a una asamblea de los «Pastóforos» (nombre del sagrado colegio), al instante, recitando de un libro los favorables votos para el gran emperador, para el Senado y para todo el pueblo romano, navegantes y naves que surcan el mar bajo la protección de nuestro imperio, dice a continuación estas palabras según el rito griego: Retírense los pueblos.

Y al decir esto y levantarse una aclamación de los presentes, se dio a entender que la ceremonia había resultado agradable para todos. Luego de esto, los ciudadanos, transportados de alegría, traen ramas de olivo en flor, manojos de hierbas sagradas y guirnaldas de flores; luego de

besar los pies de la diosa, que estaba esculpida en plata y se hallaba colocada en un estrado, regresan a sus lares.

Sin embargo, mi alma, que no me permitía alejarme de allí ni el espacio de una uña, y con mis ojos fijos en la imagen de la diosa, iba recordando mis pasadas aventuras.

III. Cuenta Lucio el ardiente deseo de ser iniciado en el culto de la diosa, y cómo fue primero instruido para tal fin.

Con todo, la rápida Fama tampoco había tenido pereza en desplegar sus veloces alas; rápidamente, con todo detalle, había ido contando en todo el país el memorable beneficio que la providencial diosa me había dispensado. Por eso mis amigos y servidores y los que por algún lazo de sangre se hallaban unidos a mí, abandonando el luto que habían tenido al recibir la falsa noticia de mi muerte, llenos de inmenso júbilo repentino, viniendo todos con presentes, se apresuran a asegurarse de mi resurrección milagrosa y regreso de los Infiernos. Y recreándome el placer de volverlos a ver, lo que yo creía imposible, les agradezco infinitamente sus gentiles presentes, ya que habían procurado traerme cuanto necesitaba para atender con holgura mi subsistencia y gastos.

Luego de hablar a cada uno según mi relación con ellos y de contar mis antiguos infortunios y mi actual júbilo, vuelvo de nuevo ante la imagen de la diosa bienhechora. Tras fijar precio por un local dentro del recinto del templo, yo establezco allí temporalmente mi casa, asistiendo a los oficios de la diosa, incluso a los privados; a las reuniones de los sacerdotes, y constituyéndome en inseparable practicante del culto de la gran diosa.

Y no hubo una sola noche, ni un momento de descanso, que no estuviera acompañado de una aparición o advertencia de la diosa; sino que con continuos mandatos me prescribía que me iniciase en sus misterios, a los que ya de tiempo se me tenía destinado. Pero yo, aunque dotado de un ferviente deseo, sin embargo, me retenían unos escrúpulos religiosos, porque yo me preguntaba a mí mismo cuan difícil es el servicio de la religión y la guarda de la castidad, cómo ha de imperar la cautela y la circunspección para protegerse de la vida, expuesta a muchos peligros. Y pensando estas cosas conmigo mismo, yo iba difiriéndolo, pese a mi impulso, no sé cómo.

Una noche me pareció que se me presentaba el sumo sacerdote con su regazo lleno de cosas, y, al preguntarle qué era aquello, me respondió que todo eso me lo había enviado Tesalia y que de allí mismo había llegado un servidor mío, llamado Cándido.

Despertado por esta aparición, me quedé pensando largamente qué presagiaba aquello, principalmente porque estaba seguro de que yo no había tenido nunca un siervo llamado así. Sin embargo, yo creía que, fuera el que fuese el significado profético de mi sueño, daba a entender, con estas provisiones ofrecidas, que había un provecho asegurado. Con ansiedad y en espera de un resultado más próspero, aguardaba que se abriera el templo, como se hacía cada mañana. Y luego de

descorrerse los blancos velos que cubrían la imagen augusta de la diosa, nosotros nos prosternamos para orar y el sacerdote, recorriendo los diversos altares, realiza el culto con solemnes súplicas y esparce con un vaso el agua que ha tomado de una fuente oculta; una vez acabadas las ceremonias de ritual, con el saludo a la luz del nuevo día, los religiosos anuncian gritando la primera hora.

Y he aquí que llegan de mi patria los criados que yo había dejado, cuando Fotis me había encabestrado con sus fatales errores. Reconocidos fácilmente mis criados y trayendo también mi caballo, al que habían recuperado gracias a una señal sobre su lomo, de la que no podía haber engaño, yo me maravillaba de la exactitud de mi sueño de un modo decisivo, ya que, además del provecho prometido, por la designación de uno de mis servidores llamado Cándido, me había predicho el regreso de mi caballo, que era blanco, en efecto.

Y muy impresionado por este hecho, yo frecuentaba con gran fervor los sagrados cultos, con la esperanza de un próspero porvenir al recibir ahora tantos favores. Y de día en día iba aumentando en mí el deseo de recibir mi consagración. Con grandes súplicas, yo me reunía con el sumo sacerdote, pidiendo que me iniciara en los misterios de la noche sagrada.

Pero él, por una parte, varón digno y célebre por su exacta observancia de una rígida escrupulosidad, me recibía con la dulzura y la bondad de un padre que modera los prematuros impulsos de sus hijos. A mis prisas, él oponía sus dilaciones, al mismo tiempo que con palabras consoladoras y llenas de esperanza calmaba la angustia de mi espíritu. Pues me decía que era la diosa, quien, por una señal de asentimiento, indicaba el día en que cada uno se iniciaba y que su providencia señalaba el sacerdote que debía administrar la consagración y que también determinaba los gastos necesarios para la ceremonia.

Y también creía que todo esto debía soportarse con paciencia religiosa, porque debía precaverme contra la precipitación y la contumacia y no pecar de exceso de fervor cuando no se me había llamado todavía, tanto de eso como de la negligencia en acudir cuando se me ordene. Además, no hay ninguno de ellos que hubiera perdido el sentido o que no estuviera dispuesto a morir, para que se atreva, si antes no se lo ha ordenado la señora, a administrar una temeraria y sacrílega iniciación, que entrañaría la muerte como castigo.

En efecto, las llaves del Infierno, así como las de la Puerta de la salvación, están en manos de la diosa; la admisión a los misterios consiste en acercarse a una especie de muerte voluntaria y tener la vida sólo a su disposición; puesto que una vez que llega al término la existencia y los mortales se encuentran en los límites de dos mundos que ella acostumbra escoger para sus elegidos, porque han sabido guardar un respetuoso silencio sobre sus augustos misterios, por providencia, ella les devuelve una nueva vida, abriendo ante ellos el camino de la salvación.

Así, pues, también conviene que yo cumpla el celestial mandato, aunque, por una manifiesta y evidente gracia del gran numen, ya hace tiempo que fui llamado y destinado a este sagrado

ministerio. Y lo mismo que los demás iniciados, tú te abstienes de comidas profanas e impías, para que te dirijas con más recogimiento a los ocultos misterios de nuestra purísima religión. Esto me había dicho el sacerdote, y mi impaciencia no corrompía mi obediencia, sino que, con gran atención, con dulzura y un silencio ejemplar, yo asistía regularmente todos los días a la celebración del servicio divino.

Y la bondad de la poderosa diosa no defraudó mi esperanza y no me atormentó con una prolongada dilación, sino que me avisó evidentemente, con órdenes claras cómo oscura era la noche, de que había llegado el día tan deseado por mí, en el que iban a realizarse mis más ardientes deseos. También decidió con cuánto debía contribuir a la ceremonia de mi recepción y qué ministro intervendría en ella y que éste sería Mitras, el sumo sacerdote, porque, como decía, la simpatía de nuestras dos estrellas nos había acercado.

Reconfortado mi espíritu por las benévolas instrucciones y mandatos, éstos y otros, de la poderosísima diosa, me despierto apenas despuntado el día, y me dirijo enseguida a la casa del sacerdote y lo saludo cuando precisamente salía de su habitación. Había decidido pedirle mi iniciación, ya con un derecho, con más insistencia; más él, al momento de verme, me dijo el primero:

¡Oh Lucio, feliz y bienaventurado tú, a quien, con propicia voluntad, nuestra augusta diosa te ha juzgado digno de tan alto ministerio! ¿Por qué, pues, estás ocioso y te demoras? Aquí está el día tan deseado para ti, en el que, por mandato de la diosa de mil nombres, vas a penetrar en los ocultos misterios por medio de mis manos.

Después, poniendo la mano derecha sobre mí, muy cortésmente me conduce en seguida a las mismas puertas del vasto templo. Procede a la apertura de las puertas con el ritual acostumbrado y lleva a cabo el sacrificio de la mañana. Saca unos libros del fondo del santuario, escribe en caracteres desconocidos, que contienen fórmulas consagradas, habiendo en unos, con figuras de animales, las abreviaturas de las palabras del texto, con dibujos enlazados entre sí, de los que unos estaban en forma de ruedas, otros en forma de nudos y otros en forma de retoños de viña, ocultando así su interpretación a los profanos. Me leyó en estos libros los preparativos necesarios para la iniciación. Estas cosas, con prontitud, procuro adquirirlas ya por mí mismo, ya con la ayuda de mis amigos.

Cuando ya lo exigía el tiempo, como decía el sacerdote, me conduce con todo el acompañamiento religioso a los baños de las proximidades del templo; luego que, según costumbre, me sumergí en el baño, me purificó arrojando sobre mí agua pura implorando la protección divina. Ya habían transcurrido dos partes de día cuando me condujo de nuevo al templo y ante los pies de la diosa, me dio en secreto unas instrucciones superiores a toda expresión humana; en seguida, en voz alta y ante la concurrencia, me recomendó que durante diez días consecutivos y a partir de este momento suspendiera todo placer en la comida, no comiendo ninguna clase de animales ni bebiendo vino.

Una vez que observé con gran respeto y escrupulosidad esta continencia, ya se presentaba el día destinado para la divina promesa y el Sol, habiendo declinado, traía la noche. Luego he aquí que de todas partes afluye la multitud, que me traen cada uno varios regalos, según un rito antiguo. Luego, apartados los profanos, cubierto como estaba con un vestido de lino crudo, tomándome de la mano, me introduce en el mismo santuario del templo.

Quizá, curioso lector, me preguntes con ansiedad qué se dijo y luego qué se hizo; lo diría si pudiera decirlo, y lo conocerías si pudieras escucharlo. Pero contraen la misma culpa los oídos y la lengua de la temeraria curiosidad. Sin embargo yo no te atormentaré con la angustia prolongada, al hallarte quizás en suspenso por un piadoso deseo.

Escucha, pues; pero créelo que es verdad. Me acerqué al borde de la muerte; hollé con mis pies el umbral de la mansión de Prosperina y fui llevado a través de todos los elementos; en medio de la noche, vi resplandecer el Sol en todo su esplendor; me acerqué a los dioses de los infiernos y a los dioses del cielo, viéndolos cara a cara y adorándolos de cerca. He aquí cuanto te he dicho que, aunque lo has oído, es necesario que, sin embargo, no lo comprendas.

Luego voy a exponerte lo que sin crimen alguno puede exponerse a la comprensión de los profanos. Se hizo el día, y, acabadas las ceremonias, avancé cubierto de doce vestiduras sacerdotales; aunque vestido con estos ornamentos sagrados, no me impide el decírtelo ningún mandato, ya que en ese momento me vio una gran multitud.

Recibí, en efecto, la orden de situarme en la nave del templo y sobre una especie de escabel de madera delante de la imagen de la diosa, cubierto con un vestido de lino con bellas flores pintado. De mis hombros y por detrás de mi espalda pendía hasta mis talones una preciosa clámide. Sin embargo, de cualquier parte que se me miraba se veía recamado de animales de toda suerte de colores: aquí, dragones de la India; allí, grifos hiperbóreos, cuadrúpedos de otro mundo, que tiene alas como los pájaros. Los sacerdotes dan a éste último vestido el nombre de olímpico.

En la mano derecha yo llevaba una antorcha encendida, y sobre la cabeza una corona de palma, cuyas blancas hojas despedían como rayos. Adornado así, a modo de Sol, y rígido como una estatua, descorridas de pronto las cortinas, quedé expuesto a las miradas de la multitud. Luego de las ceremonias, celebré el dichoso natalicio de esta vida con delicados manjares y amables convites.

Estas ceremonias, con el mismo ritual, se repitieron durante tres días, así como el desayuno ritual, que era como el complemento de la iniciación. Permaneciendo allí durante unos días más, únicamente me ocupaba del inefable gozo que experimentaba al contemplar a la diosa, pues estaba por siempre agradecido al inmenso beneficio.

Pero al fin, por aviso de la diosa, aunque no de una manera condigna, pero sí con arreglo a mis facultades, pagué mi humilde tributo de acción de gracias, y me preparé a regresar a mi casa, durante tanto tiempo abandonada, pero debiendo violentarme al tener que romper los fuertes lazos de

un desaforado deseo de quedarme. Prosternado ante la diosa, secando con mi rostro sus divinos pies en medio de un torrente de lágrimas y con suspiros que sofocaban mi voz a cada instante, así pronuncié mi devota plegaria:

Tú, en verdad santa, perpetua protectora del género humano, siempre generosa en favorecer a los mortales, tú tienes por las tribulaciones de los desdichados un dulce afecto de madre. No hay un día, una noche, ni siquiera un pequeño instante que pase, sin que se hayan prodigado tus beneficios, sin que hayas protegido a los hombres en la tierra y en el mar, sin haber alargado tu salvadora mano, después de alejar los embates de la vida. Y con esa mano deshaces la inextricable y retorcida urdimbre de la Fatalidad, aplacas las tempestades de la Fortuna y neutralizas la influencia funesta de los astros.

Te veneran las divinidades del cielo, te respetan las del infierno: tú das el movimiento de rotación al mundo; al Sol, su luz; al mundo, sus leyes; con tus pies hollas el Tártaro. A ti responden los astros; por ti vuelven las estaciones, se alegran los dioses, se muestran dóciles los elementos. A una indicación tuya soplan los vientos, se hinchan las nubes, germinan las simientes, crecen los gérmenes. Temen a tu majestad los pájaros que cruzan los cielos, los animales salvajes que van errantes por los montes, las serpientes que se ocultan bajo la tierra, los monstruos del océano.

Pero yo poseo un pobre ingenio para cantar tus alabanzas, y un reducido patrimonio para ofrecerte dignos sacrificios; no poseo la facundia necesaria para expresar los sentimientos que me inspira tu majestad; no poseo ni mil bocas, otras tantas lenguas, ni un inagotable manantial de infatigables palabras. Por consiguiente, procuraré hacer lo mismo que una persona religiosa, aunque sea pobre; tendré siempre delante de mi imaginación, guardándolos en lo más recóndito de mi corazón, tu rostro divino y tu santísimo numen.

Luego de haber orado así ante la poderosa diosa, abrazando al sacerdote Mitras, y desde ahora mi padre, permaneciendo largo rato suspendido de su cuello cubriéndolo de besos, le pedía perdón, porque no podía recompensarle dignamente por sus muchos y tan inmensos beneficios. Por fin, habiéndome detenido por largo tiempo en darle las gracias en prolongada despedida, me marcho y me dirijo a mis lares patrios, después de una tan larga ausencia.

Luego de permanecer en mi casa unos pocos días, por inspiración de la poderosa diosa, haciendo en seguida mi equipaje, embarcándome en una nave, me dirijo a Roma. Y rápidamente a influjo de un viento favorable llegué al puerto de Augusto y desde allí salí volando en un carruaje y al anochecer entré en esa sacrosanta ciudad siendo la víspera de los idus de Diciembre.

Y desde entonces mi principal cuidado no fue otro que ofrendar cada día mis súplicas al gran poder divino de la reina Isis, que bajo el nombre de «Diosa del Campo», por el lugar del templo, se la venera en Roma con gran respeto. En suma, era un asiduo devoto y, aunque forastero, en aquel templo, sin embargo, era súbdito de su religión.

Librodot

He aquí que, recorridos ya los signos del zodíaco, el sol había completado su gran carrera anual, cuando de nuevo, en la placidez de mi sueño, me habla la bienhechora diosa, que solícitamente vela por mí; me informa sobre una nueva iniciación, unos nuevos misterios. Yo me preguntaba con asombro qué intentaba, que me presagiaría para el futuro. ¿Por qué no? Ya hacía tiempo que me parecía haber sido iniciado por completo.

Pero cuando sometí a mi propia consideración y a los consejos de las personas sabias los escrúpulos religiosos que me asaltaban, llegué a saber una cosa que yo ignoraba totalmente y que me dejó perplejo: que sólo se me había iniciado en los misterios de la diosa, pero que todavía no había sido iniciado en los misterios del Gran Dios y el Gran Padre de Todos los Dioses, el invicto Osiris; y, aunque está estrechamente relacionada por la unidad misma de las dos divinidades y de su culto, no obstante, existía la más grande diferencia entre las dos iniciaciones; por lo que yo debía sentirme como llamado a familiarizarme también con el Gran Dios.

Ya no permanecí en duda por más tiempo. Pues a la noche siguiente vi a uno de los consagrados cubierto con una vestidura de lino que, llevando unos tirsos con hojas de hiedra y otros atributos de los que no puedo hablar, los colocaba ante mis dioses lares y, ocupado mi asiento acostumbrado, me explicaba el ritual de aquella gran iniciación. Para darme una señal inequívoca de su persona y los medios de reconocerle, con el talón del pie izquierdo un poco vuelto, cojeaba ligeramente.

Después de tan manifiesta voluntad de los dioses, se disipó toda sombra de duda.

En seguida, realizadas las preces de la mañana a la diosa, con gran cuidado e interés examinaba a cada uno, para descubrir quién andaba como aquel de mis sueños. Y éste no faltó. Pues al instante vi a uno de los pastóforos, que, además de la señal del pie por su estatura, su vestimenta y demás, se acomodaba exactamente a la aparición nocturna y el que después supe que se llamaba Asinio Marcelo, nombre no ajeno a la historia de mi metamorfosis. Y no deteniéndome, acudí rápidamente a él, conocedor por completo de lo que iba a decirle, ya que, con un precepto semejante, fue avisado de administrarme la iniciación.

Pues la noche anterior, durante el sueño, le pareció que, mientras preparaba las coronas para el Gran Dios, había escuchado de sus labios que pronuncian los destinos de cada uno, que le sería enviado un habitante de Madaura, pero muy pobre, al que debía iniciar en seguida en sus misterios, pues, por su providencia, reservaba para el neófito una gloria de sus estudios, y para su misterio un gran provecho.

Destinado de ese modo a los misterios, por la escasez de mis recursos, me retardaba contra mi deseo. Pues mis débiles recursos patrimoniales habían sido mermados por los gastos de mi viaje, y los desembolsos en Roma eran muy superiores a los que tenía que hacer en las provincias en las que

vivía antes. Por consiguiente, interponiéndose una dura pobreza yo me atormentaba al estar, como dice el proverbio, «entre el yunque y el martillo».

Sin embargo, el empuje del dios no era menos apremiante, y más de una vez me puso en extrema turbación al reiterar sus solicitudes y los estímulos de sus mandatos; de modo que, desprendiéndome de mi vestuario, aunque pequeño, reuní la suficiente suma. Y esto se me había ordenado especialmente, pues me dijo: ¿Acaso tú si te esfuerzas en proporcionarte algún placer, no te desprenderías de algunas ropas y para acercarte a tan grandes misterios dudas en entregarte a una pobreza de la que no has de arrepentirte?

Así, pues, preparado suficientemente todo, contentándome nuevamente durante diez días con alimentos que no contenían carnes de ninguna clase de animales y, además admitido a las orgías nocturnas del Gran Dios Serapis, con plena confianza ya en la tradición hermana frecuentaba los altares del dios. Y esto me proporcionaba un consuelo muy grande, al hallarme en un país extranjero, y me proporcionaba mayores ingresos para mi subsistencia. ¿Por qué no? Al favorecerme el destino, obtenía algunos ingresos al tener algunas causas en el foro, hablando en ellas en lengua latina.

He aquí que poco tiempo después, con una orden imprevista y maravillosa, la divinidad me interpela de nuevo y me obliga a que se me haga una tercera iniciación.

Ya preocupado con gran inquietud, sumido mi espíritu en completa perplejidad, me sumía en un mar de reflexiones: «¿Adónde conducirá este nuevo e inaudito designio de los dioses? ¿Qué puede quedar por hacer, cuando ya he efectuado una y otra iniciación? Es muy seguro que uno y otro sacerdote, Mitras y Asinio, hayan efectuado su ceremonia para conmigo con poco celo y negligentemente». Y, ¡por Hércules! Yo empezaba a dudar también de su sinceridad.

Hallándome entre estos indecisos pensamientos, pareciéndose a un delirio, la benigna imagen apareciose una noche y me reveló diciendo:

Esta múltiple serie de iniciaciones no debe aterrorizarte como si se hubiese omitido algo. Antes por el contrario, llénate de una alegre satisfacción por esta continua prueba de interés por parte de las divinidades y regocíjate aun más de que alcanzaras por tres veces lo que a otros se les concede apenas una vez, y presume con razón de este número, considerándote por siempre muy feliz.

Por lo demás, la futura ceremonia es para ti necesaria si ahora, por lo menos, consideras contigo mismo que los ornamentos de la diosa que recibiste en la provincia permanecen depositados en aquel templo y que en Roma, en los días solemnes, no podías hacer tus súplicas con ellos, ni tampoco, cuando se te mandara, podrías revestirte con aquella feliz vestidura.

Iníciate otra vez con gran alegría en tu corazón, por disponerlo los grandes dioses, para que esto sea para ti un acto feliz, próspero y saludable.

Hasta la persuasiva autoridad del sueño divino me dijo lo que sería necesario que me preocupara. En seguida, sin dilación, sin dejar el asunto para mañana, me dirijo para dar cuenta de mi

Librodot

visión al gran sacerdote y me someto al instante al yugo de una abstinencia de manjares que hubiesen tenido vida, y luego de prolongarla con espontánea sobriedad, hasta los diez días prescritos por la ley antigua. Me proveo de todo lo necesario, atendiendo más a mi piadoso celo que no a la medida de mis posibilidades. Y, ¡por Hércules!, no me arrepentí jamás ni de las fatigas ni de los gastos. ¿Por qué no? Por la providencia de los dioses fui incrementado mis ingresos con el ejercicio de mi abogacía.

Finalmente, pocos días después, el dios más poderoso de entre los grandes dioses, el más encumbrado entre los mayores, el más grande entre los encumbrados, el inefable Osiris, me pareció que venía hacia mí mientras dormía, no cambiándose en una persona extranjera, sino haciéndome gozar de su venerable presencia, encargándome que ahora me entregara con ahínco lo más pronto posible al foro, a la gloriosa profesión de abogado y que no temiera las calumnias de los envidiosos que les provocaban mis conocimientos, fruto de mis laboriosos estudios.

Y para que no practicara su culto mezclado o confundido con la demás grey, me admitió en el colegio de los pastóforos, mejor dicho, me pone entre los decuriones quinquenales.

Por último, a partir de este momento me rapé la cabeza para cumplir mi ministerio en esta corporación antigua, fundada en los mismos tiempos de Sila, y, en vez de cubrirme o disimular mi cabeza pelada, me presento así ante todos a ejercer mis funciones con una especie de alegría.

****

Otros fragmentos del libro

Presentación de Lucio
(*El Asno de Oro,* I 1-2)

Lector, quiero hilvanar para ti, en esta charla milesia, una serie de variadas historias y acariciar tu oído benévolo con un grato murmullo; dígnate tan sólo recorrer con tu mirada este papiro egipcio escrito con la fina caña del Nilo y podrás admirar a criaturas humanas que cambian de forma y condición, y, viceversa, que posteriormente recobran su primitivo estado. Empiezo.

¿Quién te habla? Muy brevemente, entérate.

El ático Himeto, el istmo de Efirea y el espartano Ténaro, tierras felices, celebradas para siempre por una literatura todavía más feliz, son la antigua cuna de mi raza. Allí aprendí el griego, primera conquista de mi infancia.

Trasladado luego a la capital del Lacio para seguir los estudios de los ciudadanos romanos, tuve que emprender el estudio de su lengua nativa con ímprobo trabajo y sin la dirección de un maestro.

Ya de antemano te pido perdón, si luego, narrador sin gracia, tropiezo y uso algún giro exótico o extraño. Por lo demás, este mismo cambio de idioma concuerda con la materia que cultivo: el arte de las metamorfosis.

Empieza una fábula de origen griego. Atención, lector: te gustará.

Iba yo camino de Tesalia. --Pues también, por línea materna, soy oriundo de allí y es para nosotros título de orgullo contar entre nuestros antepasados al célebre Plutarco y luego a su sobrino el filósofo Sexto.-- Iba yo, pues, a Tesalia por cuestión de negocios. Tras recorrer altas montañas, húmedos valles, frescas praderas y campos de cultivo, mi caballo, un caballo del país y todo blanco, se hallaba extenuado; cansado yo también de ir sentado, quiero estirar las piernas y echo pie a tierra: seco el sudor de la caballería con unas hojas, doy un cuidadoso masaje a su frente, acaricio sus orejas, le quito los frenos, me pongo a caminar muy despacito para darle tiempo a disipar su cansancio descargando su vientre según natural necesidad. Mientras la caballería con la cabeza gacha y de lado busca en movimiento su pasto sobre las praderas recorridas, me sumo, como tercero, a dos compañeros de ruta que casualmente iban delante a muy poca distancia. Al prestar oído por captar su conversación, uno de ellos, estallando de risa: «Ahórrate --exclama-- unas mentiras tan absurdas, tan disparatadas.»

Al oír esta exclamación y, además, sediento de novedades, interrumpo: «Ponedme al tanto de vuestra conversación; no soy un entrometido, pero me gustaría saberlo todo o, al menos, todo lo posible; al propio tiempo, la ruta pendiente que iniciamos se aliviará con la amenidad de una bonita historia.»

.**********

Librodot

La metamorfosis
(El *Asno de Oro,* III 24-26)

Insistiendo en la veracidad de estas informaciones y sumamente agitada, entra en la estancia y saca del cofre la cajita; yo recojo esta cajita con ambas manos y la cubro de besos; en primer lugar la conjuro para que me otorgue el favor de un vuelo feliz; al instante me despojo de toda mi indumentaria y meto ansiosamente las manos dentro; saco un poco más de ungüento y me froto a fondo todos los miembros de mi cuerpo. El ardiente deseo de parecer un ave me lleva a mover alternativamente mis brazos; no aparece el menor síntoma de pelusa ni de plumas; la clara realidad es que mis pelos se endurecen como cerdas; mi suave cutis adquiere la rigidez del cuero; en mis extremidades no se pueden ya contar los dedos, pues cada miembro termina en uno solo con una sola uña; y en la última vértebra me sale una larga cola. Mi rostro pierde toda proporción: me crece la boca, se me ensanchan las narices, me cuelgan los labios; de la misma manera se cubren de pelo y se desarrollan exageradamente las orejas. En la triste metamorfosis, como único consuelo, veo que, si bien ya no puedo tener a Fotis en mis brazos, se abrían para mí nuevas posibilidades naturales.

Sin saber cómo salir del trance, al fijarme en todos los pormenores de mi persona y ver que no era un ave sino un asno, me pongo a maldecir la conducta de Fotis; pero me faltaba ya el gesto y la palabra de las personas; tan sólo podía dejar caer el labio inferior y reclamar en silencio mirándola con los ojos húmedos. Ella, al verme en tal estado, empezó a golpearse desesperadamente la cara con ambas manos y exclamó: «¡Pobre de mí, estoy perdida! El miedo y la precipitación han hecho que me equivocara; el parecido de las cajas ha originado mi confusión. Por suerte es bastante fácil hallar un remedio a esta metamorfosis: pues te bastará masticar unas rosas y dejarás de ser asno para volver a ser en el acto mi querido Lucio. ¡Ojala hubiera seguido esta tarde mi costumbre de ir a buscar unos ramos de flores! Así no hubieras tenido que esperar ni el transcurso de esta noche. Pero en cuanto amanezca, tendrás el remedio a tu disposición.

Así se lamentaba Fotis. Aunque yo era un asno perfecto y una acémila había sustituido mi personalidad de Lucio, no obstante conservaba la sensibilidad del hombre. En mi fuero interno deliberé mucho tiempo y muy a fondo si debía matar a aquella abominable malhechora haciendo recaer sobre ella una lluvia de coces y atacándola a mordiscos. Una reflexión más sensata me hizo desistir del peligroso proyecto: si mataba a Fotis para castigarla, eliminaría también la posibilidad de salvarme con su ayuda. Con la cabeza gacha y en movimiento, me puse a rumiar las circunstancias de mi humillación y, doblegándome ante el inexorable trance, me dirijo a la cuadra para hacer compañía a aquel caballo que había sido mi dignísima montura; allí encontré también instalado a otro asno, el de mi antiguo huésped Milón. Y si por un sentimiento secreto y natural hubiera entre los

animales, aunque sin poder expresarse, alguna relación sagrada de hospitalidad, yo me figuraba que el caballo aquel, al reconocerme, me acogería con simpatía y me daría un trato de preferencia como huésped. Pero, ¡oh Júpiter hospitalario! ¡Oh secretos designios de la Buena Fe! Mi noble corcel susurra al oído del asno y ambos conciertan inmediatamente mi ruina. Temen sin duda por su ración al verme acercarme al pesebre; y, con las orejas gachas, se lanzan rabiosos contra mí a coces despiadadas. Me echaron muy lejos de la cebada que la noche anterior habían servido mis propias manos a aquel queridísimo servidor.

Librodot